

Fernández, Víctor Manuel

Identidad espiritual y pastoral (II)

Revista Vida Pastoral N° 265, 2007

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Identidad espiritual y pastoral (II)* [en línea]. *Vida Pastoral*, 265 (2007).
<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=260> Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/identidad-espiritual-pastoral-ii-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=260>

Espiritualidad

Identidad espiritual y pastoral (II)

Autor: [V́ctor Manuel Ferńndez](#)

¿Cuál es nuestra identidad personal? ¿Cómo la vamos descubriendo y a la vez construyendo? ¿Cómo interactúa con la propia misión evangelizadora de la Iglesia? De todo esto, nos habla la segunda entrega de esta nota.

La identidad espiritual

Después de reconocer estos modos superficiales de sentirse "alguien", entremos en las profundidades del ser.

La identidad religiosa se ubica de lleno en el orden del *ser*, del fundamento, de la raíz última de la propia identidad. Se trata de estar religado a Dios y de entenderse a sí mismo desde él, sobre todo a partir de su amor creador y redentor que sacia la necesidad más profunda de ser amado incondicionalmente. Para los cristianos se trata, en definitiva, de reconocernos como discípulos de Jesucristo, cada uno a su modo, pero con una clara conciencia del amor del Padre creador que Jesús nos reveló.

Dios crea a la persona "por un acto que sienta de antemano y fundamenta por ello su dignidad: por la llamada. Esto significa que Dios llama a la persona a ser un tú, o más exactamente, que Dios mismo se determina a ser el Tú del hombre" (R. Guardini, *Mundo y persona*, Madrid, 2001, p. 123).

En este sentido, cualquier persona humana existe con una "necesidad absoluta", tiene una *dignidad infinita* y es objeto de un amor *eterno* (ver Jer 31, 3) dirigido de un modo directo y personalísimo a cada uno.

Por otra parte, el Señor no se relaciona con cada uno de nosotros como distribuyéndose o "repartiéndose" un poco en cada uno, "sino que está todo en cada uno, y por eso puede afirmarse que cada uno ocupa *toda* su intimidad" (E. Terrasa, *El viaje hacia la propia identidad*, Pamplona, 2005, 135). Esto hace posible que cada uno tenga una relación única y muy personal con él. De hecho cada uno conoce a Dios y se relaciona con él a su modo. Habrá que revisar, purificar, enriquecer y profundizar esa imagen de Dios y el propio modo de tratarlo, y ese crecimiento perfeccionará también la propia identidad. Si fuimos creados a imagen de él y según su proyecto, sólo podemos conocernos a nosotros mismos conociéndolo a él y mirándonos desde él. Esa es la mejor manera de pasar del yo imaginado (fantaseado) al yo real.

Para entrar en este nivel profundo de identificación personal, la relación con Dios debe tener cuatro características esenciales:

Sinceridad. Se trata de abrirle el corazón a Dios y de no ocultarle las cosas que verdaderamente pensamos y sentimos, nuestras esperanzas y sueños reales, lo que nos preocupa, e incluso lo que nos aleja de él, nuestras rebeldías e insatisfacciones. La apertura sincera y sin vueltas en el diálogo con él, permite a Dios hacer su obra reconciliadora y restauradora en el corazón (ver Jer 12, 1; 20, 14; Job 10, 1-3). Es allí, en esas intenciones escondidas, donde quiere entrar el Espíritu Santo. Eso es precisamente lo que más le interesa, porque todo lo demás puede ser cáscara, apariencia, mentira. Por eso su Palabra nos exhorta: "Buscadlo con corazón sincero... Porque el santo espíritu educador *huye de la falsedad*, se aleja de los pensamientos vacíos" (Sab 1, 1. 5).

Nunca habrá verdadera amistad con Dios, ni madurez espiritual, ni tampoco una identidad clara, si no permitimos que el Espíritu Santo entre allí, en lo más secreto, en las intenciones ocultas que nos mueven. La relación con Dios no configura la propia identidad profunda si también ante él estamos cuidando la apariencia y ocultando nuestra verdad.

Asiduidad. La relación con Dios integra nuestra identidad personal, nos construye y nos configura, siempre que sea asidua. Si nuestro diálogo con Dios es meramente ocasional, si se reduce a algunos momentos aislados pero no brota espontáneamente y con frecuencia en lo cotidiano de la vida, esa relación con Dios será sólo un aspecto secundario de la existencia y no llegará a penetrar en nuestra autoconciencia. Es decir, no nos entendemos a nosotros mismos desde Dios. Evidentemente, esta relación asidua no siempre es fácil y a veces es árida y oscura, pero la asiduidad consiste al menos en un *intento* frecuente y en una búsqueda permanente.

Dejar transfigurar la mirada sobre sí mismo. También hace falta reconocer que uno necesita la luz de Dios para conocerse a uno mismo como es conocido por él. Sólo él sabe plenamente quién soy yo y quién estoy llamado a ser. Sólo él percibe luminosamente mi identidad. Cuando uno acepta que sin la luz de Dios es un enigma oscuro, entonces puede renunciar a toda pretensión de autonomía frente a él.

La imposibilidad de comprenderse a sí mismo sin Dios tiene una raíz en la realidad, en el ser. Porque es verdad que, siendo obra del amor creador de Dios, en cada persona hay un punto de partida que es obra de él, un trasfondo creado que luego se desarrolla a partir de las opciones libres, acicateado por la historia, las ideas, las motivaciones, la cultura. Es el "yo metafísico" que Dios creó con una identidad en germen, llamada a plenificarse y a explayarse en el seguimiento de Jesucristo. Por consiguiente nadie construye su identidad a partir de la nada. Hay una base creada por Dios –que él conoce a fondo– que es más real que nuestras fantasías. Pero también hay otra realidad: el objetivo último, la plenitud personal que cada uno está llamado a alcanzar al final de su vida. Eso también es conocido plenamente sólo por Dios. Todo esto nos permite confirmar que, alejándonos o escapando de Dios, renunciando a ser discípulos de Jesucristo, perdemos identidad y somos cada vez menos "nosotros mismos". Necesitamos que nos preste su mirada para reconocernos y realizarnos.

Descubrirse infinitamente amado. Pero la clave para que la dependencia confiada y sincera ante Dios se convierta en una convicción existencial que otorgue solidez a la propia autoconciencia, está en reconocerse profundamente amado, sostenido por Dios *pase lo que pase*; y en saberse objeto de un proyecto peculiar de este Dios de amor que incluye una *misión* en esta tierra. Recordemos que la experiencia de la identidad

supone siempre sensaciones de estabilidad y de positividad, que en el fondo sólo pueden encontrarse en el amor de Dios.

La conciencia de esta identidad religiosa nos recuerda que no es posible construirse a sí mismo de modo independiente, con absoluta espontaneidad, al margen de toda influencia externa o de toda referencia objetiva, e incluso al margen del proyecto de Dios. Hoy en día nadie podría afirmar tal ingenuidad. Hay miles de cosas que influyen en nosotros y de las cuales no tenemos nunca un dominio completo. Tampoco sería válido lo opuesto: creer que hay una realidad que nos condiciona completamente de antemano, de tal modo que el propio explayarse consciente no sería más que el desarrollo de leyes genéticas, psicológicas, culturales, o el desarrollo de una predestinación divina que ha prefijado todo. No. Ni pura espontaneidad ni destino fatal. En todo caso, el yo ideal pasa a ser aquello que todavía no he alcanzado del proyecto que Dios tiene para mi vida, proyecto maravilloso que estimula mi respuesta libre y me mantiene en una tensión sana, positiva y estimulante hacia el futuro. Porque es su amor incondicional el que me impulsa y me espera. Ese llamado me lleva a estar permanentemente reelaborando mi identidad e integrando nuevos elementos y experiencias que me educan. Es un seguimiento donde Jesucristo es el modelo, pero donde cada discípulo es configurado y se configura a sí mismo de un modo propio y distintivo.

Cada etapa me obliga a volver a optar de un modo distinto por la misión que Dios me confía. Precisamente porque el llamado de Dios promueve mi libertad, no puedo dar por supuesto un sí que puede ser sólo una inercia propia de un muerto. Hace falta siempre volver a elaborar creativamente esa identidad y volver a dar el sí a su llamado, un sí renovado, enriquecido, madurado, profundizado. Por esa razón, la propia identidad religiosa es muy dinámica.

La seguridad de ser amados por Dios permite que ese dinamismo sea vivido con naturalidad, con paz y no con una inquietud negativa. Puedo vivir serenamente, sin ansiedad y con cierto gozo el hecho de ser todavía incompleto, de tener un proyecto inacabado. Porque sé que hoy, como ser histórico y caminante –y en definitiva como discípulo que tiende a "hacerse Cristo"– mi vida tiene pleno sentido, aunque esté sin terminar como todo ser histórico. Se trata de un llamado al crecimiento que estructura mi identidad terrena y que, por lo tanto, no provoca un amor propio herido e insatisfecho. Es alegría y esperanza ante un Dios amante que me promueve, que toma en serio mis posibilidades, y por eso *propone más y ofrece más*.

Esta identidad religiosa, que lleva a la persona a entenderse como discípulo del Señor, desde su amor y desde su proyecto, se ve particularmente dañada en la actualidad cuando todo lo que está relacionado con la fe suele ser objeto de burla, de cuestionamientos variados o de permanente desconfianza. Ya vimos que lo que se ofrece como sustituto –sostenido por una impresionante y omnipresente maquinaria publicitaria– es una engañosa libertad sin límites y un consumo desenfrenado. Esto hace que los creyentes tiendan a vivir su fe sólo como una parte de la vida, una relación con Dios limitada a ciertos momentos y a algunas tareas, sin permitir que marque a fondo su identidad y el sentido de su existencia, y tratando de mantenerla bien oculta en determinadas circunstancias o delante de algunas personas. Entonces, esa relación con Dios no llega a transformar la identidad personal. Por eso mismo, una misión vivida como respuesta generosa a un llamado de Dios, no puede terminar de marcar a fondo la propia identidad.

Elementos centrales de la autoidentificación

Esta identidad religiosa, que me sitúa en el orden más profundo de la auto identificación, no se realiza en un proyecto abstracto sino en este ser concreto y encarnado que soy yo. Incluye, además de la dimensión corpórea que ya consideramos, las capacidades y carismas personales, los modos propios de vivir, de relacionarse, de pensar y de optar. También incluye las notas del propio modo de actuar que proceden de una historia personal y de la cultura donde uno ha crecido. Veamos ahora algunos de estos elementos más importantes y centrales para percibir y elaborar adecuadamente la propia identidad.

Elementos histórico-culturales

No soy un ser etéreo, celestial o desencarnado, sino un ser cultural, inmerso en la historia, situado en un contexto determinado, y advierto que no puedo entenderme a mí mismo sin ese contexto. Por eso puedo comprender que mi identidad se construye también con todos esos aspectos de mi familia, mi historia, mi cultura, mi región, mi país. Estar entrelazado y fundido con todos esos elementos históricos, simbólicos, emotivos, culturales, es constitutivo de mí. Es imposible elaborar mi propia identidad pretendiendo prescindir de todo eso, haciendo una especie de "purificación" o de abstracción, como si pudiera lograr alcanzar un núcleo de mi ser que fuera completamente independiente de esos factores. Sería un esfuerzo completamente inútil. La cultura de mi familia y de mi pueblo me marca desde la superficie hasta lo más íntimo, aun cuando yo reniegue de todo eso y no llegue a reconocerlo.

Lo mismo hay que decir de la propia historia personal. Por eso es importante orar con ella, integrarla de alguna manera en la oración personal, tratar de comprenderla, de interpretarla, de iluminarla en la presencia de Dios. También hace falta asumirla en sus aspectos oscuros y sanarla de alguna manera, para que se integre plenamente en el proyecto que le da unidad a la propia vida y que a su vez trasciende los momentos particulares. Escapar de esa historia no hará más que crear una nebulosa en torno a la propia identidad. Ignorarla nos llevará a no saber quiénes somos.

Se trata de la "identidad narrativa", la conciencia de sí que se adquiere narrando la propia historia. Esta historia no son sólo hechos sueltos, acontecimientos aislados que yo recuerdo, episodios que puedo contar a otros como si fueran una novela, sino mi *historia de salvación*, mirada y leída a la luz de Dios, procurando desentrañar los signos de un proyecto y de un designio de amor. Sólo mirada así, en un contexto orante, la propia historia puede enriquecer mi identidad y lanzarme hacia adelante en un proceso de maduración y de afianzamiento.

La identidad relacional

En conexión directa con lo anterior, digamos que la identidad es en sí misma relacional. Yo soy alguien que sólo puede entenderse dentro de un conjunto de relaciones, tanto reales como deseadas o imaginadas. Si me pregunto quién soy yo debo responder también que yo soy un modo único y personal de relacionarme y de construir el mundo. Cada vez que un nuevo ser se integra en mi mundo de relaciones, lo modifica y lo enriquece, y por lo tanto modifica mi identidad.

Entonces, para conocerme a mí mismo y reconocer mi propia identidad, tendré que considerar esas relaciones. Particularmente, tendré que descubrir mi modo personal de

entrar en relación, llevarlo a la presencia de Dios, iluminarlo, y también reconocer sus límites, purificarlo, sanarlo y perfeccionarlo. Este modo personal de relacionarse con los demás y con Dios supone básicamente una identidad masculina o femenina, pero también algunas características distintivas de la propia personalidad.

Es verdad que, si cada persona es alguien único e irrepetible, es porque hay un núcleo personal no comunicable; pero no se trata de un centro autosuficiente, sino esencialmente referido a los demás y radicalmente necesitado de ellos, ante todo de Dios.

Por otra parte, nadie puede conocerse a sí mismo sin los demás, porque nadie tiene una capacidad intuitiva tan grande que le permita estar atento a todos los detalles del propio ser. Es necesaria también la opinión de los otros. Al igual que en cualquier discernimiento, no se puede llegar a una conclusión sólo a partir de un proceso subjetivo; es necesaria la consulta y tener en cuenta otras perspectivas que aporta la opinión ajena. Será mejor todavía si hay una riqueza y una variedad de relaciones, que nos liberen de encerrarnos en algunas ideas fijas o en un mundo cerrado que limite nuestra perspectiva.

No se trata de vivir pendientes de las miradas ajenas. Alguien que está firme en Dios y seguro de sí mismo puede escuchar críticas o exhortaciones sin que eso le quite la paz, y sin desestructurarse por ello. Puede considerar y analizar lo que los demás le dicen para conocerse mejor a sí mismo, pero no porque necesite su aprobación para estar en paz, sino porque los demás pueden ser *instrumentos de Dios* para reconocer sus posibilidades.

Es verdad que debe haber un sano equilibrio entre autoafirmación e integración social, pero el dilema entre ambas necesidades no se resuelve negociando y retaceando espacios. Se resuelve cuando uno acepta y *decide libremente* ser con los demás y para los demás, ofreciéndoles su propio aporte único y original desde la propia identidad, y dejándose enriquecer e interpelar por ellos. Pero si uno mira a los demás como obstáculos negativos, como puros límites a la propia espontaneidad, vivirá en una tensión defensiva que le impedirá realizar su misión y elaborar plenamente su identidad.

Destaquemos igualmente que un elemento constitutivo de la auto identificación es el sentido de pertenencia a una comunidad, el ser "con" algunas personas particularmente cercanas. Alguien que está desarraigado, que siente que no pertenece a ningún lugar y que no tiene una comunidad de referencia, difícilmente podrá sentirse seguro consigo mismo. Siempre le faltarán elementos para reconocerse a sí mismo y para experimentar una identidad sólida.

Las propias convicciones

La propia identidad no puede excluir la capacidad de pensar, como si no tuviéramos cabeza. Esa identidad también implica un modo personal de ver las cosas, de analizar lo que sucede, una serie de ideas y de convicciones personales. Algunas son secundarias, pueden y deben modificarse o cambiarse con el diálogo y el paso del tiempo. Pero otras son centrales, básicas, fundamentales. Son dos o tres convicciones profundas, que para un cristiano se identifican con las grandes verdades del Evangelio, que no son negociables. Pueden ser profundizadas, mejor comprendidas, completadas, pero nunca abandonadas ni ocultadas. Mantener esas convicciones siempre tiene un

precio, porque algunos no estarán de acuerdo, y buscarán hacernos sentir tontos o ingenuos. Pero si resignamos estas convicciones para disfrutar de cierta paz social, estamos renunciando a nosotros mismos y nos convertimos en una máscara vacía. Y el vacío tarde o temprano tiene un angustiante sabor a nada. Es la amarga sensación de no saber ya lo que uno piensa realmente, de no ser nadie, de no tener una imagen clara de sí mismo.

Además, llega un momento en el cual la persona que nunca defiende con claridad sus convicciones es descubierta. Los demás terminan reconociendo su diplomacia cómoda y su incapacidad de "jugarse" por algunas ideas. Así pierde el respeto de los otros. La vida en una sociedad pluralista requiere una actitud tolerante, pero no cobarde, porque la sociedad necesita el aporte de los creyentes.

Las grandes opciones

Junto con las ideas están las opciones, porque las grandes convicciones, si son auténticas, no se quedan en la mente, sino que nos llevan a tomar algunas decisiones, a vivir de una manera y no de otra. Esas grandes opciones requieren también un sinnúmero de pequeñas elecciones fieles y coherentes. Sólo es posible tener, mantener y profundizar una identidad clara cuando se hacen estas opciones cotidianas. De otro modo, la esquizofrenia entre lo que decimos o pensamos, por un lado, y lo que hacemos, por otro lado, provocará en algún momento una dolorosa crisis de identidad.

Estas opciones son fuente de una satisfacción profunda cuando implican decisiones firmes, cuando uno es capaz de mantenerlas en medio de las distintas circunstancias y acepta dejar de lado algunos beneficios para decidir siempre en la línea de estas opciones fundamentales, para mantenerse en ese camino que a uno le otorga identidad. La satisfacción de estas opciones procede de una intervención firme de la voluntad motivada. Por eso se mantiene en medio de ciertas insatisfacciones sensibles, ya que pertenece a otro nivel. A esta satisfacción más honda se refería un maestro espiritual al decir que "hay que conservar preciosamente el fervor íntimo y sólido de las *resoluciones*, pero no hay que ocuparse demasiado del fervor variable de los sentimientos" (A. De Lombez, *Práctica de la paz interior*, Buenos Aires, 1987, p. 12).

En la tercera parte de este artículo entraremos de lleno en la cuestión de la identidad pastoral, es decir en la relación entre identidad y misión.